

El derrumbe de la frontera narcisista

Cecilia López-Pozos

*Soy una persona muy especial,
como soy superior, tengo derecho
a un trato y privilegios especiales.
Si los demás no respetan mi status,
deben ser castigados, [...].
Solo me comprenden las
personas tan inteligentes como yo.*
Ferro Veiga¹



En ninguna época como en este siglo se había pugnado tanto por el exceso de individualismo, vanagloria y autosuficiencia del ser humano, considerándose a sí mismo como un “Dios omnipotente” que, eufórico ha desdeñado las ataduras del pasado, desplazando los miedos y creencias internas que lo hacían ver como un “hombre pobre y dependiente”. Motivado e ilusionado con las promesas que la modernidad ofrecía se posicionó como un “súper hombre”.

¹ José Manuel Ferro Veiga, José Manuel, *Pasión por el bienestar, la felicidad y las emociones: La caja de herramientas*, (abril 21, 2020). Disponible en: <https://books.google.com.mx/>



Aunado a este poder, y con las ventajas que la globalización ofrecía, asumió ideologías y filosofías a nivel global en donde el poderío de unos se traducía en miseria de otros, queriendo homogeneizar a la humanidad entera.

Sin embargo, esta visión ilusoria e incompleta se rompió con la realidad que se vive en América Latina y, en concreto, en México, cuya población vive una escisión social, caracterizada por condiciones de violencia extrema, pobreza y marginación, que en el afán de imitar buscó inconscientemente alcanzar las propuestas atractivas de la modernidad tal y como refirió Bauman:

[...]. La creencia de que el camino que transitamos tiene un final, un *telos* de cambio histórico alcanzable un estado de perfección a ser alcanzado, mañana el próximo año o en el próximo milenio. [...] La desregulación y la privatización de las tareas y responsabilidades de la modernización. Aquello que era considerado un trabajo a ser realizado por la razón humana en tanto atributo y propiedad de la especie humana ha sido fragmentado (individualizado), cedido al coraje y la energía individuales y dejado en manos de los individuos y de sus recursos individualmente administrados (Bauman, 2000: 34).

Así, el individualismo y endiosamiento como identidad moderna se adaptó a diferentes circunstancias locales de la sociedad mexicana, algunas de estas normas y valores modernos irrumpieron con lo sólido y estable, tales como: la identidad yoica, la familia y la solidaridad comunitaria, entre otros tantos, recreando nuevas propuestas de ser en búsqueda de la autoafirmación individual moderna.



En esta afanosa búsqueda, utilizando la instrumentación tecnológica, se perdió el sentido de la privacidad, consecuencia de la comunicación y del ocio, franqueando fronteras invisibles que acortaron separaciones físicas y propiciaron distancias oceánicas emocionales.

Poco a poco los espacios sociales de convivencia se transformaron en salas de lectura telefónica, protagonizados por parejas, familias, amigos y grupos físicamente juntos y distanciados por la fantasía que cada uno vive en la interacción virtual, en una defensa emocional absoluta de comunicación, desapegados con los cercanos y una imaginación de cercanía con los lejanos, en una ensoñación permanente.

Acostumbrados a gozar de la vanagloria, con el engaño consensado de aprobación, revisando constantemente la simbología de aceptación con un “me gusta”, y en aras de seguir siendo admitidos, han expuesto su propia intimidad y la ajena en conversaciones telefónicas, biografías escandalosas, exhibiciones de la vida hedonista en exceso y la adicción permanente a los vínculos tecnológicos, para perder paulatinamente en la inconciencia incompleta la frontera entre lo público y lo privado.

Se fueron los viejos pudores de la subjetividad y hoy es la vida personal lo que se despliega a pleno día [...]. Éramos consumidores de objetos, de viajes, de información y ahora somos por añadidura sobreconsumidores de intimidad (Lipovetsky, 2007: 294).

Tal consumismo ha retroalimentando cada vez más los niveles de aislamiento narcisista, profundizando el hedonismo y dejando a un lado al otro, en la particularidad humana y en sus necesidades, llegando a un egoísmo radical de in-



tolerancia, rechazo, violencia y muerte hasta convertirse en enemigo de sí mismo: “el hombre es lobo para los otros hombres”, (Hobbes, 1651 en Carrasco, 2018).

En esta negra atmosfera de intolerancia y terror, inesperadamente con la velocidad vertiginosa de la comunicación tecnológica, como en una pesadilla, el hombre moderno se ha despertado abruptamente de su ensoñación con la noticia mundial de un virus letal (COVID-19). Una pandemia que lo ha dejado desprovisto y sorprendido al despertar del “delirio de omnipotencia”, en un exilio consciente, para asumir el desvanecimiento de sus introyectos de presunción y proyectos personales, aunado a la incertidumbre de diferentes pérdidas que lo tambalean.

Trastornado por el llamado a estar encerrado y obligado a convivir con los que había desdeñado, se ha dado cuenta de lo vulnerable y débil que es ante un enemigo invisible y certero. El lento asomo de sus demonios internos, replegados en la fantasía virtual del olvido y miedo, ahora son un temor real ante la actual situación de salud mundial, a la vez verdad cruel asociada con altos niveles de ansiedad, en donde la certeza del cambio permanente se modificó por la incerteza del tiempo, en su estancia aislada ha provocado un despertar abrupto, una reacción de conmoción al darse cuenta que el único ropaje afectivo que le protegía son los vínculos emocionales que tanto negaba.

Con la pandemia, se evidenció el derrumbe de la “banalidad narcisista” que se prueba con la visibilidad de la muerte tangible y cercana, ello le ha conducido a revalorar la vida propia y la de los otros, así como la de la comunidad mundial. La angustia latente experimentada por largos periodos de aislamiento social, en que la gente no se puede abrazar y la distancia física es necesaria, confirmó que el hombre no



puede vivir apartado, que el individualismo narcisista no tiene eco, más bien se revitaliza la necesidad de contactar con los otros que confirman la manera segura de estar vivo, y que la actitud negativa y egoísta de una sola persona tiene serias consecuencias para toda la humanidad.

Estas circunstancias de vulnerabilidad a nivel global conducen a revitalizar los mecanismos de defensa, tales como la negación, la retroflexión y la proyección, protegiendo al yo de una inminente crisis de la incerteza. Sin embargo, también este aislamiento puede vivirse como la consecución positiva, una oportunidad para revisar la vida personal, social, económica y política de su entorno. Y al mismo tiempo, revitalizar la capacidad de resiliencia, al tomar muchas decisiones personales, responsables en el cuidado de la vida y de darle sentido a la misma, comprometiéndose a colaborar para un cambio en la sociedad.

Finalmente, cuando este confinamiento involuntario haya terminado y el sufrimiento psíquico de cerrazón se vea apaciguado, se abrirán las puertas físicas y emocionales; el hombre narcisista no será el mismo, no podrá regresar a la anterior rutina de egoísmo recalcitrante, como tampoco su actuar. Entenderá que la tecnología no es el fin, sino el medio, que su vida es tan vulnerable y común como todos los mortales. Emergerá en él una respuesta de mayor compromiso fraterno y desvanecerá las fronteras de la discriminación, de la división, del poder y del veneno del odio; luchará menos por cosas económicas, para sembrar a su alrededor mayor solidaridad con los demás y con la naturaleza, regresando a su identidad humana de la cual nunca debió huir.

